

NEW LEFT REVIEW 110

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2018

	ARTÍCULO	
STATHIS KOUVELAKIS	Zona fronteriza	7
BEATRIZ GARCÍA <i>ET AL.</i>	Huelga feminista en España	39
FRANCIS MULHERN	Revoluciones críticas	43
ENTREVISTA		
FERNANDO MARTÍNEZ	Pensar por nosotros mismos	61
ARTÍCULO		
MIKE DAVIS	El historiador del clima	89
OBITUARIOS		
JULIANA NEUENSCHWANDER & MARCUS GIRALDES	Marielle Franco	137
MARIELLE FRANCO	Después de Dilma	143
CRÍTICA		
WOLFGANG STREECK	¿El cuarto poder?	151
PHILIP DERBYSHIRE	Huérfanos de Freud	163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Dagmar Herzog, *Cold War Freud: Psychoanalysis in an Age of Catastrophes*, Cambridge, Cambridge University Press, 2017, 311 pp.

PHILIP DERBYSHIRE

VICISITUDES DEL PSICOANÁLISIS

La autora de esta colección de ensayos, de forma alterna absorbentes y seductores, confiesa que escribió el libro siendo «completamente ajena al psicoanálisis». Su enfoque es más bien el de una historiadora de las ideas, que considera el psicoanálisis «una parte integral de la historia social e intelectual del siglo XX». Una parte integral y también, todo hay que decirlo, progresivamente más compleja, a medida que la implantación profesional de la disciplina –un proceso que hay que diferenciar de su aceptación intelectual– se expandía y se diversificaba a escala internacional. Los cinco primeros congresos bienales de la Asociación Psicoanalítica Internacional, fundada en 1910, se celebraron en la zona germánica de Europa; la reunión de 1929 en Oxford supuso el primer paso fuera de esa área y también el primero allende los mares. El patrón cambió radicalmente a partir de 1949, cuando se retomó el ritmo regular de la actividad, si bien de manera desigual según los países, después de la interrupción de diez años a causa de la guerra. Alemania desapareció durante décadas del itinerario. En 1969 fue elegida la primera sede en el sur de Europa (Roma) seguida, en el curso de la década siguiente, por las primeras localizaciones no europeas (Jerusalén y Nueva York). En los cuarenta años que han transcurrido desde entonces, los estadounidenses han acogido más de la mitad de los congresos de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Dagmar Herzog desembarca en este campo en calidad de especialista en historia alemana con una dedicación especial a la historia de la sexualidad. Sus escritos académicos incluyen *Intimacy and Exclusion* (1996), un estudio monográfico de la religión y de la política en la Baden prerrevolucionaria; la síntesis comparativa *Sexuality in Europe: A Twentieth-Century History* (2011) y *Sex in Crisis* (2008), una intervención crítica sobre las políticas del cristianismo en Estados Unidos

en la actualidad. Su posición excéntrica en relación al psicoanálisis en su conjunto le permite mantener una postura agnóstica en lo que respecta a la disciplina, a la vez que le facilita enjuiciar favorablemente a figuras concretas con las que ella personalmente congenia y situarlas en contextos que revelan interesantes conexiones y vínculos.

El proyecto de Herzog, por lo tanto, no coincide con lo que da a entender el título del libro: no es un relato exhaustivo de cómo se articuló el psicoanálisis con la coyuntura global de la Guerra Fría, aunque su aparato académico, que ocupa un tercio del libro, incluye una nota de dos páginas con mucha información acerca de las actitudes soviéticas ante el pensamiento freudiano. La autora nos ofrece en realidad un conjunto de microhistorias que nos muestran cómo y por qué determinadas ideas psicoanalíticas hallaron resonancia en contextos locales particulares. «Lo que aún no se ha analizado por completo –nos dice en un determinado momento– es el impacto de las condiciones históricas –y del afán de los psicoanalistas por alcanzar relevancia cultural– en el contenido de la teoría psicoanalítica», y sus ensayos son tentativas de entender cuál podría ser ese «impacto». Su rúbrica metodológica es que «no hay una relación intrínsecamente necesaria entre un concepto psicoanalítico concreto y los usos a los que se destina». Los contextos, «las condiciones históricas», proporcionan la base para la aceptación popular de una idea. Esto le permite exhibir una flexibilidad cronológica a la hora de hacer sus genealogías. Igualmente, a Herzog le atraen las idiosincrasias cronológicas (y geográficas) de la influencia psicoanalítica, en este caso casi remedando una de las nociones propias de Freud, la *Nachträglichkeit*, espléndidamente captada por Jean Laplanche como «*après-coup*» [*afterwardness*]. Su estilo historiográfico es el montaje: una constelación de ideas, individuos, instituciones y contexto sociohistórico peculiarmente informativa pero incompleta. En sus mejores páginas, el resultado es una defensa vibrante de figuras que requieren una recuperación, como es el caso de Karen Horney; y su relato preciso y detallado sobre la República Federal Alemana antes de la reunificación es fascinante. En sus momentos más desafortunados nos regala análisis introductorios acerca de figuras que ya han sido objeto de debates más complejos en otras instancias (el capítulo sobre Felix Guattari es el ejemplo más evidente).

La noción de la Guerra Fría y la idea subsidiaria de una «era de las catástrofes» se emplean de manera vaga para referirse al período posterior a la Segunda Guerra Mundial (la «era de las catástrofes» es un apelativo que se adecúa más a la era del nazismo y de la guerra misma, aunque sea un apelativo demasiado poético para lo que fueron estas). Son etiquetas que definen una época, etiquetas bastante vagas, pero que proporcionan marcas históricas útiles a la hora de delimitar el terreno de investigación. Estas nociones adquieren una importancia institucional e histórica en tanto que

escenario de la migración de los psicoanalistas europeos, principalmente hacia Estados Unidos, huyendo del fascismo y de la ocupación, y porque señalan los intentos de alojar el análisis dentro del campo de la explicación y de la intervención sobre el «yo», el objeto del que se ocupan tanto la psiquiatría como el psicoanálisis. Un elemento adicional en este complejo campo de fuerzas posbélico es la presión competidora de la religión, que experimenta un resurgimiento y que emplea la teoría freudiana como medio para establecer su propia pertinencia moral. Así, pues, el primer capítulo de Herzog está dedicado al giro conservador del psicoanálisis estadounidense, con su problemática reconceptualización de la sexualidad y la libido, enfatizando el ego y reafirmando la moralidad, y a las formas en las que este conflicto —especialmente dentro del catolicismo— condujo a una valoración normativa de la familia y de la «heterosexualidad obligatoria». Al mismo tiempo, la disminución de la importancia concedida a la teoría de la libido de Freud permitió que autores como Karen Horney y Erich Fromm pudieran desarrollar una noción más incluyente de cultura y de su potente impacto sobre la organización y la expresión de las pulsiones. Horney es una de las figuras que Herzog desea rescatar de la condescendencia con la que se le ha tratado dentro de la posteridad psicoanalítica: malinterpretada pero, a pesar de ello, también fuente subterránea de desarrollos posteriores, donde su *dictum* de «no todo lo que parece sexualidad lo es en realidad» ha permitido que se piense de nuevo la interacción entre la cultura y las pulsiones.

Herzog es una historiadora de la sexualidad y en su segundo capítulo, que trata de «la perdurabilidad de la homofobia», emprende con buen pulso una investigación sobre la interacción entre el psicoanálisis, la sexología y lo que ella llama «el activismo por los derechos sexuales», así como el intento por parte del psicoanálisis de apuntalar su propio ámbito y su *ethos* en oposición a estos dos últimos. Aquí muestra cómo «la flexibilidad creativa y la furiosa tenacidad» del psicoanálisis se centró en la figura abyecta del homosexual, que encarnaba el sexo puro como una ausencia patológica de conexión moral. Rastreado la historia de los relatos psicoanalíticos acerca de la homosexualidad, Herzog llega hasta la afirmación, en la posguerra, de que los homosexuales son incapaces de amar: que se limitan a practicar el sexo de manera repetitiva. Este juicio moral se sustenta en una «doctrina del amor» en la cual el amor está casi por definición ausente de las relaciones entre personas del mismo sexo y es sofocantemente normativo para las relaciones heterosexuales. El psicoanálisis se apartó de la sexualidad para centrarse en la presentación de una «sensibilidad moral» mixta, a la vez secular y religiosa, que fortalecía los valores conservadores de la familia bajo el signo de la «salud». En palabras de Herzog, esto era una novedad: «Una innovación producida en Estados Unidos en la época de la posguerra [...], consolidada como una respuesta directa a Kinsey. La radicalización

sexual de las décadas de 1960 y 1970 se enfrentó a este tropo del psicoanálisis estadounidense, reforzado por la biomedicalización de la psiquiatría. La inflexión «científica» de esta última disciplina permitió que la homosexualidad se entendiera como una variante común del comportamiento y su investigación no consiguió demostrar ningún malestar inevitable dentro de las diversas orientaciones sexuales, en respuesta a lo cual, argumenta Herzog, «el psicoanálisis *tuvo* que reinventarse a sí mismo». Esta reinención se centró en la revaluación de lo preedípico y en el incremento de la función explicativa del narcisismo. Los homosexuales eran aún considerados ejemplos de disfunción, pero ahora lo eran por su fijación en una organización temprana de la identidad; a las mujeres que preferían los orgasmos no vaginales se las vinculaba igualmente con defectos narcisistas.

El narcisismo se convierte entonces en objeto de crítica cultural en el angustiado asalto conservador sobre los Estados Unidos contemporáneos por parte de Christopher Lasch en su libro *The Culture of Narcissism* (1979), que reescribía *The Lonely Crowd* (1950) de David Riesman en torno al «vacío» que el narcisismo preedípico no superado genera y perpetua. Para Herzog, el psicoanálisis estadounidense de este periodo fue casi unánimemente cómplice de la homofobia, con escasas excepciones destacadas, como Robert Stoller, autor de *Sex and Gender* (1968) y de *Perversion* (1975), entre otras obras, cuyo trabajo ella resume como el paso de la «pulsión al drama», el paso conceptual de la expresión de una sexualidad esencial hasta una perspectiva compleja del sexo, en tanto que sede y teatro de múltiples deseos. Herzog menciona también a Kenneth Lewes, cuya rehabilitación de la pulsión se acompaña de una defensa de la «promiscuidad», que parece hallarse profundamente en deuda con el primer radicalismo del Gay Liberation Front o con el pensamiento *queer* rizomático de Guy Hocquenghem, conexión que ella no establece. Esta concentración de nociones psicoanalíticas aparentemente contradictorias para un único propósito positivo es la oportunidad para Herzog de volver a afirmar su *dictum* metodológico: «No ha habido, y aparentemente no hay, una correlación necesaria entre un concepto psicoanalítico concreto» y «las políticas que pudieran haberse derivado, y se derivaron, a partir de él»; «todas y cada una de las nociones del edificio freudiano y posfreudiano» pueden emplearse «tanto para fines malignos como para fines generosos».

El tercer capítulo del libro es un análisis de la creación y el desarrollo de la idea de trauma en el tenso mundo de Alemania occidental después del Holocausto y de la lucha para obtener reparaciones por parte de quienes sobrevivieron a los campos de concentración y de exterminio. Como el gobierno de la República Federal de Alemania pretendía limitar su responsabilidad civil únicamente a los supervivientes, desplegando un antisemitismo apenas disimulado para invalidar las heridas psíquicas que seguían abiertas

mucho después del encuentro con la maquinaria asesina nazi, se convocó a los psicoanalistas para que aplicaran su saber a la hora de conceder o no las demandas y para que proporcionaran un apoyo profesional a la negativa del régimen a reconocer los efectos de larga duración del genocidio. La teoría freudiana, que contemplaba el malestar psíquico como algo que se originaba en la primera infancia, se desplegó para rechazar la idea de que los factores sociales o ambientales podían producir síntomas neuróticos o incluso psicóticos. Dicho apoyo a la política oficial de limitar las indemnizaciones a los casos de herida «física» se complicó por el hecho de que muchos de los profesionales implicados habían estado «involucrados» en las instituciones durante los años de la guerra y su neutralidad era claramente cuestionable, e incluso promovían la idea de que la reparación financiera o su posibilidad era en sí un factor patógeno. Pero aparecieron otras tradiciones y otros analistas que se oponían a esto: Kurt Knoll y Ulrich Venzlaff en la República Federal Alemana y el psicoanalista *emigré* a Nueva York, Kurt Eissler, fueron convocados para que reafirmaran la etiología habitual de los problemas psíquicos. Especialmente este último empezó a reflexionar acerca de las nociones de distancia y objetividad, a la vez que examinaba los sesgos característicos de la contratransferencia y, por lo tanto, exigía estrategias diferentes en la terapia con los supervivientes.

Aunque no lograron del todo erradicar las opiniones en contra de los supervivientes presentes en la situación alemana, estos autores comenzaron a afrontar y evaluar las pruebas endiablidamente complejas relacionadas con el impacto de la violencia especial del periodo nazi y contribuyeron a la internacionalización de la atención sobre los efectos de la Shoah, con una serie de conferencias en Detroit durante la década de 1960. La noción de trauma que desarrollaron fue a la vez singularizada –el carácter único del Holocausto emergía de un abanico de discursos que eran a la vez metafísicos y políticos– y también generalizada, a medida que la guerra estadounidense en Vietnam producía secuelas que acabaron por interpretarse en términos que derivaban en parte del psicoanálisis, como sucedía en la obra de Robert Jay Lifton sobre «el entumecimiento psíquico». Las «experiencias de los supervivientes», que iban desde el Holocausto hasta Hiroshima y ahora Vietnam, encontraron un lenguaje común, aunque las diferencias específicas entre, digamos, los objetivos del genocidio, los supervivientes de un bombardeo ejemplar o la brutalización y disociación de los soldados en una guerra imperialista quedaban así ocluidas. Pero la idea del trauma experiencial y su avatar clínico, el síndrome de estrés posttraumático, empezaron ahora su ascensión hasta una especie de posición dominante dentro del campo de la psicología social y de la psiquiatría. Estas mismas nociones se desplegaron en América Latina para determinar el impacto de la tortura sobre aquellos reprimidos por las diversas juntas militares, aunque

los psicoanalistas que emplearon el modelo cada vez tenían más sospechas acerca de las tendencias despolitizadoras de ese agente causal universal en el que se había convertido el trauma, acerca de su «amoralización», dicho en las palabras de David Becker.

Herzog pasa a continuación a ocuparse de la cuestión de la agresión tal y como se despliega en los debates sobre el legado del nazismo y la necesidad de explicar la violencia excepcional que caracterizó a ese régimen. La teoría inacabada de Freud sobre las pulsiones proporciona la base de esta investigación. Un dualista irredento, Freud no obstante cambió de postura acerca de los elementos del orden básico de la vida humana, acabando por pensar que Eros y Tánatos se encontraban en un antagonismo esencial. Pero la pulsión de muerte, en su primera manifestación, no equivalía a la agresión. Más bien era la vía del organismo hacia su propia aniquilación. La agresión tenía un estatus derivativo y Freud examina las pulsiones de dominación y destrucción e incluso planteó (aunque luego rechazó) una energía separada, el *destrudo*, análoga a la libido constructiva, sin acabar nunca de zanjar el asunto. La pulsión de muerte fue minimizada por los freudianos posteriores pero, desde entonces, ha tenido una historia accidentada, encontrando un lugar central en las obras de Melanie Klein y Jean Laplanche (una figura que, extrañamente está ausente en este libro). Herzog señala que este esquematismo contribuyó a una investigación en profundidad sobre las raíces de la agresión, que también fue impulsada por el éxito popular de la obra etológica de Konrad Lorenz *Sobre la agresión*, que surgía de un dialogo con Freud. La legitimación de Freud como un recurso en la República Federal de Alemania fue, por lo tanto, facilitada paradójicamente por un biólogo no freudiano, cuya historia personal incluía haber sido miembro del Partido Nazi y participado activamente en los proyectos «científicos» del periodo bélico (cosas que más tarde trató de ocultar), mientras que los psicoanalistas más destacados asociados a esa época –Alexander Mitscherlich y Margarete Mitscherlich-Nielsen, conocidos por sus investigaciones sobre la «incapacidad de duelo» de los alemanes– incrementaron en parte su estatus en la República Federal como consecuencia de su debate con Lorenz. De hecho, Alexander Mitscherlich empezó a plantearse cuestiones acerca de «la enorme cantidad de agresión que surgía por todas partes» a finales de la década de 1960, cuando la guerra de Vietnam alcanzaba su cenit y Oriente Próximo se sumía en el caos como consecuencia de la Guerra de los Seis Días.

La Nueva Izquierda Alemana se enfrentó a las opiniones de Lorenz acerca del carácter innato de la agresividad en la especie humana, considerándolas una estrategia para exonerar a la «generación culpable». *Männerphantasien*, de Klaus Theweleit (1978), fue una crítica cáustica de Lorenz y de «la inmensa popularidad de teorías que describían a los seres humanos como intrínsecamente agresivos». Los propios Mitscherlich permanecían indecisos acerca

de la naturaleza intrínseca de la agresión, pero sí creían que la intensidad de la violencia requería una explicación: el exceso de violencia de los campos, la crueldad que acompañaba a las ocupaciones militares, la pura complejidad de las estrategias deshumanizadoras, todos estos eran problemas que había que atender y que se teorizaban bajo el epígrafe de «la crueldad como tarea»; dicho en otro lenguaje, mediante una articulación elaborada de los principios de realidad y de placer. La cualidad monstruosa del nazismo también se abordó a través de la obra de Klein, que experimentó un resurgimiento en la RFA durante la década de 1960, mientras que los horrores del genocidio y la ejecución destructiva de la dominación racial se intentaron explicar mediante las fantasías de proyección y obliteración, que Klein consideraba procesos psíquicos fundamentales. La psicosis cotidiana que, en su interpretación, formaba el núcleo del yo, se había hecho realidad bajo la dictadura; la violencia alucinatoria de la época nazi proporcionaba pruebas de la potencia explicativa de las nociones de Klein, incluyendo aquellas que surgían en otros ámbitos, gracias a la generalización de categorías diagnósticas, entre las que se incluía la de «trastorno límite de la personalidad». De manera paradójica, teniendo en cuenta el pasado nazi de Lorenz, se descubrió que el propio Alexander Mitscherlich había tenido más vínculos con el nacionalismo derechista de lo que él mismo reconocía, que había sido atraído en la década de 1920 por la visión antirrepublicana de una nación más allá de las clases de Ernst Jünger y que seguía contemplando con escepticismo la política democrática de masas, aspecto que contradecía parcialmente su hoja de servicios antinazi y que subsistió incluso en los días en los que públicamente apoyaba al movimiento estudiantil. Fue también culpable de haber exagerado el eclipse del psicoanálisis durante el Tercer Reich, para así dar más valor a su propia participación en su resurgimiento cual ave fénix después de la guerra. Y, en una paradoja adicional que Herzog no percibe, la «incapacidad de duelo» encuentra un eco existencial en las propias fantasías de Mitscherlich acerca de su pasado. Herzog sí señala la desaparición de su obra bajo las huellas de sus lemas, pero pasa por alto un aspecto más creativo de su redescubrimiento por parte de figuras como Paul Gilroy en su debate sobre el periodo posterior al Imperio Británico.

El psicoanálisis y la antropología han tenido una relación compleja, desde que el propio Freud se apropiara de la obra de Frazer en *Tótem y tabú* y pretendiera universalizar su relato sobre el yo convirtiendo al complejo de Edipo en una constante transhistórica en la producción de la psique. El psicoanálisis está presente en la reelaboración por parte de Levi-Strauss de la antropología como un testimonio universal de las estructuras innatas de la mente humana, y sus investigaciones mitológicas proporcionan la base de la desindividualización del Edipo que opera Lacan en esa transición fundacional de la naturaleza a la cultura, que Levi-Strauss consideraba

la definición de lo humano. En general Herzog pasa por alto este telón de fondo y se centra en una historia diferente, la de un trío de antropólogos alemanes: Fritz Morgenthaler, Paul Parin y Goldy Parin-Matthèy y sus investigaciones en Nueva Guinea y África Occidental. Esta historia es un relato de su innovador trabajo, pero también de su recepción posterior –«reacción en diferido»– y entusiasta en Alemania. Políticamente comprometidos desde antes de la Segunda Guerra Mundial, llevaron a cabo su destacado trabajo «etnopsicoanalítico» en Mali cuando el país se encontraba en el umbral de la independencia. Acuñado bajo la inspiración de su colega George Devereux, su proyecto podría caracterizarse como la búsqueda del «complejo de Edipo en todas partes» y fue en parte un diálogo con la escandalosa desuniversalización del Edipo que estaba emprendiendo de manera contemporánea Malinowski en las Islas Trobriand.

Los Parin no abandonaron la noción freudiana del ego emergente, pero querían saber cómo «el ello se convierte en el yo» en diversas situaciones culturales. Empleando entrevistas etnográficas convencionales (aunque problemáticamente mediatizadas por un pago en metálico), identificaron patrones culturales específicos de relaciones con los demás dependiendo de cómo se hubieran satisfecho las propias necesidades en la infancia. Su «estudio comparativo entre pueblos» produjo conocimiento antropológico, pero influyó igualmente en su propio trabajo con los pacientes psicoanalíticos europeos, volviéndolos «más libres y valientes». Vinculando esta obra con el contenido expuesto en capítulos anteriores, Herzog señala cómo, en el debate acerca de la agresión, este trabajo de campo se empleó como prueba en contra de una tendencia universal a la violencia entre los seres humanos. En resumen, este trabajo había concluido un universalismo restringido en lo que se refiere a los «recursos pulsionales» y a su expresión bajo «las mismas leyes», incluso en contextos claros (y claramente diferentes). Herzog muestra cómo de hecho este etnopsicoanálisis ocultaba los factores sociales e históricos, que tenían un impacto sobre el material que se recogía: la obra era a la vez «etnográficamente ingenua» –ignorando el contexto previo, la mediación de los traductores, la dependencia sobre un material anterior no fiable– y psicoanalíticamente ingenua, en su deficiente teorización de las transferencias y las resistencias que afirmaban encontrar.

A pesar de todo esto, la obra de los Parin reveló formas alternativas de satisfacción de las pulsiones y de formación del carácter y se puede decir que mostró que el complejo de Edipo asume formas diferentes en diferentes culturas. Además su obra asumió nueva relevancia en el contexto de un conjunto diferente de debates en torno a la perversión, propulsados estos por un ensayo «caótico» de 1974 escrito por Morgenthaler. Aquí, el etnopsicoanálisis se juntaba con otros trabajos sobre la psicología del ego y las teorías del fetiche para ofrecer un relato de los suplementos sociales –los *Plombes*

o empastes— que organizan las pulsiones peligrosas en formas sociales inofensivas, al igual que resuelven las amenazas de castración mediante actuaciones de incorporación travestidas en una comunidad totémica. Este material etnográfico ofrecía maneras de pensar el encuentro analítico, entendiendo al analista como una «función» para que el paciente desarrollara un «yo extendido». El modelo tuvo consecuencias metodológicas y teóricas para la conceptualización de la perversión, que ahora podía considerarse un *Plombe*, un logro del ego, una preferencia trabajada, más que una discapacidad. Con el tiempo, por lo tanto, los Parin y Morgenthaler se convirtieron en héroes para el movimiento gay de la República Federal Alemana y para la contracultura en general y disfrutaron de un tardío éxito como los analistas de moda de los alemanes occidentales de ideas progresistas. De manera más crucial, argumenta Herzog, la obra de los Parin «parecía ofrecer un modelo distinto de cómo podía organizarse la comunidad humana, con menos competitividad y más solidaridad». Su culturalismo y radicalismo proporcionó un nuevo ímpetu para la resistencia al *statu quo*, incluso si su etnopsicoanálisis se volvió sospechoso por sus presuposiciones coloniales.

Esos estudios proporcionan en su conjunto una útil reconstrucción del contexto psicoanalítico y demuestran la asombrosa peregrinación de los conceptos trasladándose a lo largo de campos sociales y políticos. También iluminan figuras que habían carecido previamente de prestigio o que sencillamente habían sido olvidadas en la reciente explosión de escritos sobre el psicoanálisis y dentro de este. Esto es especialmente así en el caso alemán, cuya *Sonderweg* [excepcionalidad] psicoanalítica sigue aún marcada por las supresiones del Tercer Reich: la búsqueda de un pasado psicoanalítico utilizable sigue aún abierta. El ensayo sobre Felix Guattari está menos logrado, aunque solo sea porque apenas puede decirse que su protagonista sea una figura desconocida y porque la atención asimétrica a la figura compuesta Deleuze-Guattari hace tiempo que ya se ha corregido, y Guattari es ya un autor canónico de pleno derecho. Aquí no se trata de una recuperación, por lo tanto, sino del punto de vista particular sostenido por Herzog: Guattari escribe en tanto que psicoanalista y *El Anti Edipo*, la obra en la que se centra, es un texto psicoanalítico. Guattari inaugura un «cambio de paradigma conceptual» y, por lo tanto, «partiendo de conceptos psicoanalíticos, el libro concibe de nuevo cómo se puede pensar la interrelación entre las psiques y la política». En opinión de Herzog, *El Anti Edipo* es, en un cierto sentido, una actualización de la obra de Wilhelm Reich para la era del «capitalismo de consumo de la Guerra Fría, la revolución sexual y las violentas luchas por la descolonización». Una preocupación central es la ideología, un término que ha obstruido formas de pensamiento a través del compromiso de las masas en prácticas políticas concretas. La ideología debe ser reemplazada por el deseo, y el deseo puede entenderse en los términos de la productiva

retraducción por parte de Lacan del *Wunsch* [deseo] freudiano y mediante la noción de objetos parciales de Klein: el deseo se encarna en máquinas que ligan y regulan los flujos y el etapismo de Freud queda reemplazado por una multitud de conexiones.

Lacan, sostiene Herzog, es un interlocutor aquí, pero nunca es «realmente atacado» (una postura que sería discutible: «ambivalencia» sería una descripción más precisa de esta relación) y su noción ampliada del complejo de Edipo más allá del triángulo regulador es retomada por Deleuze y Guattari para criticar el «pensamiento familiarista». Guattari pone de relieve las formas en las que Edipo, entendido como modelo, estructura y restringe las posibilidades del deseo, ejecutando las variopintas conexiones que los cuerpos y los objetos parciales pueden producir. Edipo es una reterritorialización del deseo y el psicoanálisis es un mecanismo dentro de dicho aparato, un momento (restrictivo) de una producción múltiple de subjetividad, que es esencialmente social. Herzog se apoya en el carácter coetáneo de *El Anti Edipo* con el auge del radicalismo sexual y señala sus anticipatorias dimensiones *queer* con su disolución crítica de la proliferación de identidades sexuales. También señala el compromiso de Guattari con la labor decolonial, especialmente en América Latina, y el desarrollo posterior, junto con Deleuze, del «capitalismo mundial integrado» para caracterizar el mundo posbipolar de la globalización. E insiste en la fecundidad de las ideas psicoanalíticas «fuera de lugar» –por citar la noción de Roberto Schwarz de la migración transnacional de las ideas– y en el trabajo creativo de Guattari sobre Klein y Reich así como en su compromiso con Franz Fanon. No obstante, es posible que esto simplifique de algún modo la obra de Guattari y, especialmente, se pierde la oportunidad para suscitar preguntas acerca de los dos conceptos que apuntalan *El Anti Edipo*: capitalismo y esquizofrenia. Las capacidades positivas, casi demiúrgicas del capitalismo para desatar, disolver y generar nuevas conexiones quedan fuera del análisis de Herzog, así como queda fuera el relato algo romántico y problemático de la locura que ronda la discusión sobre el esquizo. La discusión sobre Schreber, Artaud, Nietzsche y otros casos o autores puede acercarse mucho a un respaldo sin matices de lo psicótico y, aunque este elogio esté reterritorializado, la experiencia de Guattari del malestar clínico le gana la partida a la vinculación clásica de Deleuze con la enajenación. Es simplemente difícil ver a Guattari en ese texto, debido a las voces parciales, compuestas y contradictorias que hablan a medida que los nombres autorales chocan y se superponen. Las colaboraciones posteriores de la pareja claramente se salen del ámbito del psicoanálisis y buscan una serie de «teorías del todo» fractales.

Pero aquí llegamos a un problema central de la obra de Herzog. Su rastro de los linajes psicoanalíticos, las combinaciones y recombinaciones, siempre se predicán a partir de su principio central de que los conceptos

psicoanalíticos no determinan las posiciones políticas: cualquier noción, se diría, puede emplearse de una forma positiva o negativa, y esa valencia se construye en otro lugar, siendo la creatividad política y la preocupación moral sus valores más destacados. La verdad (se defina esta como se defina: adecuación, productividad teórica, coherencia) de las nociones y de su articulación teórica se pone entre paréntesis y lo que se nos ofrece es un conjunto de historias: *x* empleó esta noción en un contexto donde se le daba peso cultural al problema *y*. Si en algún sentido esa noción era más sólida que cualquier otra es algo irrelevante en el análisis de Herzog. Un poco a la manera del positivismo temprano de Foucault, que buscaba sencillamente trazar cómo se desplegaban las diversas representaciones, y en un extraño tributo a cómo Husserl ponía entre paréntesis el valor epistemológico u ontológico, las reconstrucciones de Herzog son epistemológicamente vacías. Pero esto nos lleva a un fracaso en un nivel más amplio, cuyo síntoma es, como hemos señalado antes, su periodización histórica. «Guerra Fría» se convierte en otro nombre para decir «posguerra», pero no implica una especificidad analítica propia y, menos aún, designa una periodización del capitalismo «culturalizado», que emergió junto con el nuevo régimen de acumulación. Las formas en las que esta variante del fordismo y del militarismo keynesiano reformulaba la cultura y la subjetividad en el mundo atlántico requiere una comprensión amplia de la mediatización, la individualización y la desarticulación/rearticulación.

Por ejemplo, la noción de Deleuze y Guattari de la producción social del deseo proporciona una forma de pensar este que remite, y sin embargo supera, al pensamiento muy anterior de Adorno acerca de la inversión directa del inconsciente en el capitalismo tardío. Ambos enfoques teóricos efectúan afirmaciones sobre procesos sociales y psíquicos, que dependen para su relevancia de su carácter revelador, en tanto que desvelan cómo es realmente el mundo capitalista contemporáneo. Determinadas nociones son más útiles que otras, porque ofrecen un modelo de cómo se ha desplazado la subjetividad bajo las exigencias de la acumulación. Por el contrario, el psicoanálisis de Herzog es fecundo y espacioso, pero desvinculado: no hay criterios para pertenecer al (verdadero) psicoanálisis más allá de reclamar el nombre.

Hay también un eurocentrismo curioso y no admitido en libro, que quizá sea inevitable dadas las inquietudes de nuestra autora. Sí que se refiere a América Latina, pero casi exclusivamente en el contexto de la tortura y el trauma bajo las dictaduras que estaban en su apogeo en la década de 1970; y claramente ha leído la resumida literatura anglófona que recoge la historia del psicoanálisis en esa región. Pero pasa por alto buena parte de la producción más creativa de ese continente, que pretendía reflexionar sobre la producción de la subjetividad bajo el capitalismo poscolonial y dependiente. Aquí una figura importante es León Rozitchner, un filósofo judío argentino

y un pensador social de un rango extraordinario, cuya obra sobre las resoluciones políticas inconsciente del complejo de Edipo en la producción del yo y sobre la persistente influencia que el cristianismo arcaico ha tenido sobre la generación de la forma mercancía, se conoce aún muy poco. América Latina tiene mucho más que ofrecer en este campo que ejemplos de violencia y de sus secuelas traumáticas. Fascinante en el nivel de los detalles, la obra de Herzog es, por lo tanto, geográfica, conceptual y formalmente limitada: la estructura de la colección de ensayos aquí se muestra bastante repetitiva, con tópicos ensayados y capítulos concluidos de una forma a menudo didáctica. *Cold War Freud*, por lo tanto, nos abre el apetito para una obra más ambiciosa acerca del capitalismo contemporáneo y sus formas de subjetividad.